

## Intelectual, político y académico. La elite de Podemos

Mario Domínguez Sánchez

“Lo que menos podíamos figurarnos era que Podemos, aparte de ser totalitario al considerar prescindibles todos los demás partidos, es también ‘casta’. Esos profesores sin relieve científico que lo lideran, dispuestos a hacer tabla rasa en la escena política nacional y ocuparla ellos, han vivido tan ricamente del Estado –o Estados, pues han ordeñado a varios– con sueldos, informes, conferencias, consultorías y otras prácticas más o menos legales, y no pueden presumir de puros entre corruptos. Y si actúan así antes de llegar al poder, es fácil imaginar qué harán de llegar a él.” José María Carrascal, *ABC*, 3 de febrero de 2015

Que un reaccionario sin escrúpulos como el pintoresco Carrascal liquide en gran medida a la universidad al tildar a los líderes de Podemos de “profesores sin relieve científico” obliga a caminar sobre el filo de una navaja cuando se escribe sobre las pretensiones políticas e intelectuales de los referidos, so pena de ser despachado uno mismo en el saco de la perfidia mediática ultra. Y, no obstante, es preciso cuestionar la urgencia particular de estos líderes intelectuales a la vez que políticos, siempre incitados por toda su tradición ideológica a pensarse como portadores y portavoces de lo universal, como una suerte de “funcionarios de la humanidad”. Da además la sensación de que, al tener el título académico, no se necesitan más pruebas de los conocimientos y capacidades de una persona para aspirar a imponer su visión moral; basta la fuerza de sus ideas. Por otra parte, su particular situación dentro de la clase política, no sólo por nueva sino por el aroma a ilegítimo que exaspera a ciertos medios, se debe al juego de ambivalencias que provoca.

Para empezar, cabe aceptar, con Pierre Bourdieu, que el intelectual no se conecta de modo directo a la sociedad, ni siquiera a su clase social de origen, sino a través de la estructura de un campo intelectual que funciona como mediador entre el autor y la sociedad. Dicho campo, por otra parte, no es un espacio neutro de relaciones interindividuales sino que está estructurado como un sistema de relaciones en competencia y conflicto entre grupos y situaciones en posiciones diversas, como un sistema de posiciones sociales a las que están asociadas posiciones intelectuales. Pues bien, la ambivalencia resultante se debe a que, si bien la ósmosis del capital cultural hacia la política ha sido considerada siempre legítima mientras proceda de la elite del campo intelectual, ahora en cambio los dirigentes de este partido reclaman con orgullo e insistencia su condición de intelectuales pero su situación se corresponde con la de los dominantes-dominados del campo académico. Esto último se debe a que las posiciones que ocupan en el ámbito académico son bajas, aunque no sea más que debido a su juventud, y a que su prestigio –consideración simbólica dentro del campo– se corresponde a dichas posiciones<sup>1</sup>. De ahí lo ilegítimo: reclamar en el ámbito político un prestigio por su procedencia del campo académico, cuando carecen de tal prestigio en este último. De ahí también la impostura: demandar en el ámbito universitario un reconocimiento por sus logros políticos e, incluso más aún, otorgar una cierta inmunidad a sus ideas porque están sostenidas por la militancia de la que carecen otros miembros del cuerpo académico. Y de ahí asimismo su ascendiente mediático, a partir de la pretensión de un aristocratismo de la inteligencia y una representación carismática de la producción y de la recepción de las obras y las conductas simbólicas que sólo gente ubicada a ambos lados de la divisoria entre el campo político y el académico puede reclamar. Este juego a varias bandas ha resultado eficaz tanto en 1) su propia consideración como intelectuales en la política, debido en gran medida a

---

<sup>1</sup> Sería arduo explicar aquí que este prestigio no se corresponde a la contabilidad de libros que los *media* destacan como un capital intelectual contante y sonante, o a la utilización de términos o citas de autores que tantas veces esgrimen los miembros de la cúpula de Podemos. Una forma de capital especial es el capital simbólico o “prestigio”, y comprende bienes simbólicos como la credulidad que títulos escolares y académicos aporten a su propietario, o la pertenencia a un grupo social que da fama a un individuo, tal como honor, buena reputación, respeto y reconocimiento por los otros (Bourdieu). Para la adquisición de estos bienes basados en modelos de percepción y criterios comunes se necesitan las otras formas de capital: capital simbólico, que es la credulidad y autoridad que se atribuye a un actor gracias a su capital económico, cultural y social, y gracias a las oportunidades resultantes de imponer sus puntos de vista y sus valores como exclusivamente válidos, es decir, gracias a su poder social.

la transformación del papel del intelectual-académico, y 2) en su presencia en los medios de comunicación, así como, 3) en su relación con el público aquí considerado como futuro cuerpo electoral y, en última instancia, 4) en su veledad política.

## La academia, los intelectuales y sus transformaciones

Estamos, pues, ante un modelo de participación pública para los intelectuales que ya no se corresponde con las definiciones clásicas, ahora desplazadas por otras mucho más flexibles y diversas, con actores sociales procedentes del mundo universitario que aspiran a ejercer las funciones que por lo común se habían asignado a la inteligencia. Ello se debe a varios procesos que afectan con gran intensidad al mundo del pensamiento: la expansión de las instituciones universitarias, las transformaciones en la universidad así como en la esfera pública (más bien publicada) impulsadas por el desarrollo tecnológico, la aparición de nuevos medios de comunicación y, en fin, la disolución progresiva de las distinciones entre alta cultura y cultura popular.

¿Qué ha pasado en la universidad que permita explicar esta mutación anómala? El proceso de comercialización de la producción académica que comenzó en la década de 1980 se ha intensificado progresivamente hasta la actualidad, momento en que se observa una competencia entre las diferentes disciplinas. Frente a la expansión de las ciencias experimentales y de las nuevas tecnologías, la situación de las humanidades y de algunas ramas de las ciencias sociales (como la politología, la sociología, la antropología, etc.) es muy diferente, y la dificultad objetiva para situarlas en nichos de mercado específicos las ha llevado a una situación de crisis crónica. Su valor económico no puede competir con los descubrimientos de las ciencias experimentales o con los de departamentos más cercanos a los grandes poderes sociales, como los relativos al derecho o a la economía.

Estos intelectuales politizados son herederos del radicalismo político y las movilizaciones sociales de las décadas de 1960-1970, así como de ciertas corrientes vanguardistas. Todas estas movilizaciones y corrientes fueron en gran medida asimiladas y filtradas por algunos departamentos académicos, impregnaron las metodologías científicas de diversas áreas de las ciencias sociales y han llevado a sus últimos representantes, los más jóvenes, a la destrucción de prejuicios y creencias. En algunos casos se convierten en especialistas de la manipulación de conceptos teóricos, en gestores del escándalo y la provocación, en auténticas relaciones públicas de la disidencia siguiendo el legado de la sociología crítica de Wright Mills, quien aseguraba que la responsabilidad de los intelectuales era “decir la verdad y exponer las mentiras del gobierno”. La aparición de estas autodenominadas estrellas del campus, intelectuales alternativos de nuevo cuño, es ante todo un proceso social que depende de las estructuras académicas y de la participación de diferentes actores que otorgarán la legitimidad necesaria al aspirante. Las cualidades individuales constituyen un requisito necesario pero en ningún caso suficiente, porque es imprescindible cumplir con las imposiciones del mundo universitario. Una vez seguidas las reglas impuestas por la comunidad, y tras haber accedido al grupo de los elegidos, será posible jugar de acuerdo con las propias reglas, y no con las impuestas<sup>2</sup>.

Con estos antecedentes, parece obvio que la reconversión del intelectual tradicional tiende a situarse en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Muchos de los miembros de la dirección de Podemos son filósofos, críticos literarios, analistas culturales, antropólogos, sociólogos y politólogos, que evitan asociarse con especialidades concretas,

---

<sup>2</sup> Tal es la posición privilegiada de los “herejes consagrados”, capaces de obligar al alumnado a realizar una réplica, en clase, de alguna escena del film “El club de los poetas muertos”, e incluso de grabarla y subirla en *YouTube*. Se trata de una fórmula perversa que coloca directamente al “profesor” como el más “progresista” y obliga a caracterizar como rancia y atrasada la rebelión simbólica del alumnado.

tratan de trascenderlas y procuran acceder así a públicos más amplios. Su reconocimiento depende, entre otros factores, de su desdiferenciación en un contexto de especialización intensiva. Un grupo así muestra en gran medida cómo es cada vez más importante complementar la inversión de capital económico con la posesión de capital cultural, es decir, con la interiorización de recursos simbólicos y formas de reconocimiento que permitan distinguirse y singularizarse de los demás. Aportan los productos de “lujo” demandados por las nuevas clases medias-altas (medias en capital económico, altas en capital cultural adquirido) que sienten cierta ansiedad ante sus perspectivas de futuro; son creaciones sofisticadas y esotéricas que se alejan de los parámetros generales de la sociedad del consumo, pero que sirven, por su rareza y su inaccesibilidad, para realzar las estrategias sociales de distinción, tanto en el ámbito académico, en el que pretenden hacerse un hueco mediante la provocación y la apelación constante al capital político acumulado (que además los hace inabordables, puesto que protagonizan una auténtica revolución conservadora)<sup>3</sup>, como en el de las clases cultas que reproducen sus frases más provocadoras en actos sociales, convirtiéndolas en instrumentos para acceder a los grupos de estatus más exclusivo. Junto a estas apelaciones elitistas a Gramsci (convertido en un teórico de la hegemonía sin determinación de clase), Laclau, Lacan u otros, Podemos es, no obstante, un partido que pretende ganar elecciones; de ahí que junto a lo anterior también subsista la creación de una narrativa identitaria al alcance de todos. Un ejemplo de ello estriba en la adopción del término “casta”, que vendría a ser el significante que divide el campo de la política y permite que emerja el “pueblo”, a través de un líder que lo encarne. Pero esa operación consistente en ponerle nombre a un enemigo -“la casta”, la “oligarquía”- y en llamar a la unidad multclasista contra ese fantasma suena a mera estrofa electoral. En última instancia, más allá de su radicalismo teórico y retórico, lo importante es que el pensamiento de estos intelectuales se adapta muy bien a las condiciones de la nueva sociedad de la comunicación.

### El intelectual en los *media*

Mediante este nuevo criterio del intelectual público se pretende acabar con la ecuación que iguala profesionalización académica con inoperancia política, a través de una experimentación de las características del espacio público y del afianzamiento de puentes de comunicación con el mismo. En la esfera pública contemporánea, el intelectual no se dirige a otros intelectuales, y tampoco es probable que tenga contactos muy intensos con otras élites sociales. El espacio al que se dirige está formado por redes múltiples y entrelazadas de medios con diferentes soportes y características: la prensa de referencia, la sensacionalista, las revistas tradicionales y digitales, los numerosos canales de televisión y de radio, Internet.

Para algunos autores, este intelectual mediático que acepta sumergirse en la lógica de los medios y se instala en un universo definido por la inmediatez, la superficialidad y el espectáculo, supone una traición. Traición en la que las “pasiones políticas” se transforman en “pasiones mediáticas” que impulsan la búsqueda de la celebridad en detrimento de la calidad y la excelencia que caracterizaban a la inteligencia clásica. La transición de los intelectuales desde las revistas hacia la prensa diaria y sobre todo la televisión acarrea una intensificación en la mediatización y comercialización de su actividad. La televisión consiguió hace mucho tiempo posicionarse hegemónicamente en el panorama mediático porque logró hacerse con el papel de ágora global y convertirse en nuestro patrón y principal

---

<sup>3</sup> La revolución conservadora es una suerte de restauración del pasado (en su caso la “ilusión” de superar el franquismo de forma distinta a como se plantea en la deriva política que lleva a la constitución de 1978) que se presenta como una revolución o una reforma progresista; una regresión, un giro hacia atrás que se da por un progreso, un salto hacia adelante y que llega a hacerse percibir como tal, de manera que, por una inversión paradójica, los mismos que combaten la regresión parecen retrógrados.

contacto con la realidad e incluso con lo que no vemos. Hay además un problema añadido: para Bourdieu el problema consiste en que la inserción en el mercado económico de los *media* conlleva la confusión de los criterios de clasificación y valoración de las ideas<sup>4</sup>. En las revistas intelectuales las ideas se valoran por los iguales, ese conjunto de expertos legitimados para juzgar el valor de un ensayo o una investigación. Con la comercialización de los medios, el criterio de valoración ya no se impone por los expertos sino por el mercado, y los resultados muestran entonces una confusión perversa entre la lógica de la producción cultural y la periodística y comercial. La ósmosis entre la política y el campo intelectual ya no viene dada a través de un filtro de calidad de este último sino de su conversión en un producto mediático.

De todos modos, esto no constituye una innovación exclusiva del reclamo intelectual de Podemos. El mundo intelectual es hoy el lugar de una lucha que apunta a producir y a imponer “nuevos intelectuales”, a proponer, por lo tanto, una nueva definición del intelectual y de su papel político, en adelante comprometidos en los vagos debates de una filosofía política sin tecnicidad, de una ciencia social reducida a una politología de velada electoral y a un comentario sin vigilancia de sondeos comerciales sin método. Platón tenía un término magnífico para toda esta gente, el de *doxósofo*: ese “técnico-de-opinión- que-se-cree-sabio” proyecta los problemas de la política en los términos en que se los plantean los hombres de negocios, los hombres políticos y los periodistas políticos, es decir, exactamente los que pueden pagarse los sondeos o incluso hacerlos ellos mismos.

Para los sectores críticos, la transformación de los medios fomenta la aparición de tipos híbridos que escapan por entero de las definiciones clásicas del intelectual y traicionan el legado defendido por los herederos del compromiso y la militancia. Se produce una erosión de las fronteras entre los campos dedicados a la producción especializada (guiados por criterios intelectuales) y los orientados a la producción de masas (guiados por criterios empresariales). En la tierra de nadie que surge por la difuminación de las fronteras tradicionales aparecen agentes bastardos que Bourdieu denomina “periodistas intelectuales” o “intelectuales-periodistas”. Es aquí donde la televisión se ha integrado cada vez más en el universo intelectual y diversos sectores académicos se han insertado sin complejos en el juego televisivo, con lo cual se han transformado las reglas del debate. Ante la afluencia de las plataformas audiovisuales y telemáticas, los intelectuales han desplegado diversas estrategias mediáticas en virtud de las cuales han tratado de adaptarse al nuevo panorama.

La primera estrategia es el retiro al ámbito universitario o especializado y la renuncia a todo contacto con los medios de comunicación, con la convicción de que la lógica del espectáculo que impulsan es incompatible con las pautas más elementales de la discusión racional. La segunda es la participación selectiva en determinados debates impulsados por los medios, utilizando los conocimientos y competencias adquiridos en favor de la difusión de una determinada causa o idea en el espacio público. Esta alternativa ha supuesto un gran esfuerzo para traducir el lenguaje esotérico de la especialidad a un lenguaje sencillo y comprensible para la mayoría. La tercera estrategia ha sido la integración complaciente en los medios, adaptándose a las formas de notoriedad y celebridad que éstos otorgan. De este modo el intelectual se transforma en una estrella del espectáculo que tendrá que competir con el resto de las celebridades para ganarse la atención del público. Una cuarta estrategia, más conectada con el universo de las redes sociales vía internet, ha acarreado una inversión, por parte del grupo de intelectuales, en la configuración de las mismas redes a su medida, acompañando los tiempos con el aprendizaje y la incorporación de las audiencias e

<sup>4</sup> Para este autor, la televisión ha contribuido mucho más que los sobornos a la degradación de la virtud civil. Ha llamado e incitado al frente de la escena política e intelectual a personajes “presumidos”, atentos -antes que nada- a hacerse ver y a hacerse valer, en contradicción total con los valores de devoción humilde por el interés colectivo que defendían el funcionario o el militante. La misma preocupación egotista de hacerse valer (frecuentemente a costa de rivales) explica que las “declaraciones efectistas” se hayan vuelto una práctica tan común.

invirtiendo el desgaste del proselitismo en una minoría activa, al menos en comparación con los medios audiovisuales tradicionales.

El éxito de la tercera opción por la que en un primer momento se decanta el núcleo inicial de Podemos se debe a su capacidad para traspasar la barrera de los especialistas y atraer el interés de un público más amplio, mezclando los contenidos culturales con el espectáculo y la polémica. Por eso su relación con la pequeña pantalla no es un hecho casual, sino intencionado y estratégico. Experimentaron en la comunicación política desde el principal espacio de socialización política que es la televisión, y todo lo que ensayaron se aplicó después. En efecto, una larga fase de aprendizaje en “La Tuerka” desembocó para el líder de este partido en la participación sistemática en cadenas generales donde se presentaban posiciones contrapuestas y enfrentadas, logrando programas con tensión dramática en los que no sobraban, sino más bien todo lo contrario, las contiendas verbales, con lo cual el conflicto político se convertía en una forma de entretenimiento para las masas<sup>5</sup>. A diferencia de otras apuestas que buscaban un proselitismo más evolucionado a través de las redes sociales y un lenguaje esotérico (Partido X, diversos proyectos constituyentes), Podemos acude a los medios tradicionales, sin desestimar los otros, anticipando su efecto político y logrando aquilatar una presencia masiva en lo que importa para su paso al realismo de la política: el mercado electoral. De ahí que suscriba un liderazgo sin complejos como forma de cultivar una imagen pública ante las cámaras y la necesidad de escenificar esta presentación de acuerdo a las pautas que impone el medio televisivo. Ello consagra un proceso de espectacularización y comercialización del capital intelectual, ahora transmutado en político, asumiendo al mismo tiempo los costes que esto suponía, pero sin perder de vista el importante beneficio que esta postura ha acarreado y que no es otro sino la posible metamorfosis de la audiencia en un granero electoral.

### El público como cuerpo electoral

El sociólogo Amitai Etzioni, uno de los defensores del intelectual público y de su potencial crítico, alaba la postura de éste una vez que se centra en su función generalista y abandona su posición de especialista, y en consecuencia muestra su interés por inmiscuirse en asuntos que son de interés público. El problema estriba entonces en la conexión del intelectual con la ciudadanía, puesto que es obvio que no puede llegar a la mayoría de la gente ya que hay muchos colectivos sociales que carecen de interés por las opiniones de los profesionales de la ciencia política. Pero también es cierto que los intelectuales tienen los medios para llegar a colectivos minoritarios socialmente influyentes (representantes políticos, técnicos de la administración, profesionales liberales, publicistas, especialistas en comunicación, etc.)<sup>6</sup>. De esta forma Etzioni establece una distinción entre el “público general”, que suele caracterizarse por la apatía y el desinterés por los asuntos de carácter sociopolítico, y el “público atento”, que suele estar más pendiente de los argumentos que circulan en la esfera

---

<sup>5</sup> De ahí la posibilidad de que un exitoso personaje televisivo dé el salto al campo electoral. Aunque lo electoral y lo mediático en los sistemas parlamentarios capitalistas son campos homólogos y entre ellos tejen la agenda informativa desde un campo de enunciación único, la comunicación, normalmente se dividen de forma férrea el trabajo y el salto de un frente a otro tiene mérito. Se trata de un cerco poderoso, pues marca el principio de realidad, lo que es creíble y esperable o no, para una sociedad y la sume en una pasividad acorde con sus objetivos de perpetuación ideológica, política y económica, dándole forma de electorado dúctil, maleable, con una ilusión de poder que desemboca y encalla en la ilusión de alternancia propia del bipartidismo o en su salida mágica a través de la misma herramienta que ha llevado a esa ilusión: el voto. El cinismo de construir una “máquina de guerra electoral” de una eficacia aplastante o el “asalto a los cielos” reconvertido en vencer en las elecciones (que no en ganar en una lucha, de clases) sigue la misma tónica.

<sup>6</sup> No en líderes sindicales, puesto que Podemos carece por completo de sensibilidad e incluso de interés por este frente, y porque todo lo que suene a lucha de clases supone un tabú inabordable; de ahí su vocación de transversalidad, la apelación al sentido común y al “hombre medio” que parece conformar un partido de centro radical.

pública. La audiencia potencial de los intelectuales no se encuentra en el público general, al que tienen pocas posibilidades de llegar, sino en el atento; dirigiéndose a este segmento, el intelectual puede mantener su posición crítica y alcanzar cierta relevancia social. La audacia de Podemos ha sido dirigirse a ambos a través de una prosodia simultánea de guiños culturalistas y populistas que aquí no podemos desplegar. El objetivo también ha sido intrépido: atacar los “conjuntos de presuposiciones” (prejuicios) que guían las acciones y pensamientos de la mayoría y que no son cuestionados de forma consciente. Estos “conjuntos de presuposiciones”, cuestionados más por la llamada “cultura de la transición”<sup>7</sup> y menos por el funcionamiento real del sistema político-económico, son necesarios para tomar muchas decisiones y se han evaluado para tratar de luchar contra los supuestos tópicos populares que se difunden en el campo de la política y se asientan entre el “público general”, pero también para establecer una toma de posición maximalista que requiere el cuestionamiento de tales tópicos para reencarnar su solución inmediata.

No obstante, hay otras voces críticas, ante esta figura del intelectual politizado, que señalan cómo la influencia de los medios de comunicación ha promovido nuevas modalidades de acción intelectual que tienden a sustituir las obligaciones ascéticas del conocimiento por los placeres mundanos que proporcionan el poder, el dinero y el aplauso. Tal es la diatriba que despliega Bourdieu contra el nuevo “intelectual mediático”, al que considera un profesional de la manipulación simbólica sin ningún interés por el mundo del pensamiento: un especulador cultural que utiliza el legado heredado para lograr determinadas cuotas de poder social y político. Su trabajo no está legitimado por los colegas de profesión, ni tampoco por el ámbito académico, sino que los medios de comunicación y sus audiencias se convierten en las instancias últimas del éxito. En tanto que personaje construido por medios y audiencias, su fiel seguimiento de los gustos y requerimientos de estas bases sociales, compitiendo con otras celebridades para captar la atención del público votante, hacen de las ideas de autonomía y transgresión una pura quimera. Se trata de la “postura” intelectual que se puede caracterizar burdamente como “vanguardista” y que es sin duda el principio último y a menudo indefinible de sus elecciones, las cuales se integran y se confirman por referencia a la representación que tiene de las representaciones y de las posturas diferentes de la suya y de la representación social de su propia postura. Existir, en este sistema de relaciones simbólicas que integra el campo intelectual mediático, es ser conocido y reconocido en “marcas de distinción” (una manera, un estilo, una especialidad, etc.), mínimos esguinces diferenciales y de la insignificancia, pero cuya gramática se antoja esencial en el juego maniqueo de las preferencias que a fin de cuentas van a distinguir, de manera también maniquea, entre un “nosotros” más o menos indignado y un “otros” compuesto por la “casta”.

La producción mediática no se ha generado pensando en la acogida de otros académicos sino en sectores ajenos a estas disquisiciones pero que podrían estar interesados en sumergirse en este tipo de debate, en especial el periodismo “ultra”, uno de cuyos ejemplos veíamos al principio. Hay además un esfuerzo para comunicarse con el público a través de títulos provocadores, aunque también se muestre una incompetencia innegable a la hora de desarrollar lenguajes y estilos adecuados para comunicarse con grupos más amplios. Se trata, pues, de un espacio que no cuenta con los controles de calidad necesarios, por lo que tiende a difundir ideas superficiales y mediocres. El ámbito mediático, que se suponía en algún momento posibilitaba la creación de una cultura común, se ha convertido en un territorio abandonado a la difusión de ideas complacientes y nada originales. Con ello,

---

<sup>7</sup> Una máquina de percepción no sólo mediática que formula y fija ese relato que hace del consenso en torno a una idea de la democracia (“representativa, liberal, moderada y laica”) el único antídoto posible contra el veneno de la polarización ideológica y social de la sociedad española durante el siglo XX. Ese consenso funda un “espacio de convivencia y libertad” que se presenta a sí mismo como algo frágil y constantemente amenazado por la posibilidad del terror.

evidentemente, se coloca al público en un juego en el cual aparece como espectador de algo que sucede en su presencia pero de tal forma que el público en cuestión sólo cuente en su forma numérica, como masa. Éste es el principio de contabilidad esencial que interesa: la masa de oyentes y telespectadores bien puede convertirse en la masa de electores a través de una repetición machacona de ciertos giros, de una apelación emocional a la indignación y al cansancio. En efecto, el público está también invitado a entrar en el juego de las imágenes que, indefinidamente reflejadas, terminan por existir como reales en un universo en que no hay otra cosa real que los reflejos. La posición vanguardista (que no es necesariamente reducible a un esnobismo) debe forjar, acoger y llevar a cuestras las “teorías” capaces de fundamentar como razón una adhesión que nada debe a sus razones.

## La apuesta política

La lógica de la política institucional, más que instituyente, la de la denuncia y la difamación, la de la “esloganización” y la falsificación del pensamiento del adversario, es la que se extiende frecuentemente en la vida intelectual. La objetivación de lo social se produce por fuerzas que se institucionalizan para tener la exclusividad en el mercado de la realidad.

Este intelectual académico de Podemos, convertido en alternativo al orden existente, constituye la proyección de las contradicciones históricas y de clase de la intelectualidad como “nueva clase” en ascenso hacia el poder. Comparte además el acto fallido que consiste en meditar sobre el futuro de la sociedad, o incluso del planeta, proyectando sus contradicciones y sus proyectos de teóricos de la nueva clase. Este acto fallido hay que entenderlo como un desplazamiento de la acción, del pensamiento: el intelectual cree hablar de problemas en general, desde el punto de vista de su conciencia no implicada, cuando en realidad predica para su parroquia. Mejor aún: provee sin saberlo la solución de la adivinanza que está en la página siguiente y que no puede ser otra cosa que unas nuevas elecciones.

El partido de nuevo tipo es muy similar al antiguo del cual proceden (IU, Izquierda Anticapitalista, colectivos libertarios) en cuanto a su composición de clase. Dado que se trata de un “trabajador intelectual colectivo”, hay que reunir a los individuos dotados de un “excedente de conciencia” a modo de ciudadanía<sup>8</sup>, de esos suplementos de espíritu que confieren la trascendencia (distancia crítica), la teleología (elaboración de finalidades todavía no lo suficientemente planificadas por los que deciden) y hasta la escatología (monopolio de los fines últimos del sentido de la historia y de sus hitos, de los cuales ellos mismos constituyen uno autoelegido), y otras tantas categorías más o menos derivadas de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim, todo ello con una especial predilección por las “generaciones” (“somos la generación del cambio ante la generación de la transición”), que amortigua el efecto de los intereses liberadores por cuanto no les concede su autonomía sino su subordinación al liderazgo de esa presunta generación.

Este intelectual alternativo, revolucionario y reformista a la vez, se sitúa en la brecha de un criterio mágico: la posición de clase. Ese criterio, que es puramente imaginario, sirve para rechazar el análisis de la implicación. Nadie se coloca de repente en la posición de clase de “los de abajo” salvo que crea, en el sentido fuerte del término, que esa operación es tan eficaz como el acto de fe del creyente. La posición de clase es un catecismo y ahí está todo el horror del concepto y de su contenido, esto es, que excluye toda posibilidad de adhesión afectiva a la política de clase (proletaria), lo cual explica la facilidad con la cual tantos ex

---

<sup>8</sup> Una ideología ciudadanista que reclama una intervención estatal para sostener la red de garantías que el mismo Estado, ahora cuestionado, había implantado, implica adoptar una constante posición posibilista que bendice el menor de los males, y hace de sus impulsores un partido de Estado. Sin embargo, todo lo que supuso esa red fue cuestionado por los posicionamientos de la lucha de clases porque todo criterio legal y garantista establece también un techo que limita las aspiraciones antagónicas de la clase obrera (o al menos de parte de ella) y que reintrodujo en la senda desarmada del pactismo y el reformismo todo proceso de quiebra social.

revolucionarios del izquierdismo e incluso del anarquismo se reencuentran en la posición de clamorosos voceros del reformismo o de la reacción. Da la sensación de que un intelectual así, procedente del extremismo, en un momento dado empieza a rasgarse, no aguanta más, tiene que sentirse “responsable”, necesita estar del lado del poder establecido. En esta ocasión no ha esperado un cambio de personal político que le suministre la coartada del reencuentro con el reformismo de izquierda, subiendo peldaños en partidos como IU<sup>9</sup>, sino que, de repente, se revela un convencido partidario de la esperanza planificada por las necesidades y las crisis del capital. Después de haber asumido sus deseos como realidad, asume la realidad como su deseo, lo cual permite insertarse en carreras de intelectual orgánico del Estado. Dispone además de un beneficio secundario ligado a dicha estrategia, pues puede arreglar sus cuentas desde lo alto de su tribunal “realista” y fijar por sí mismo el terreno y los límites de la crítica todavía permitida.

Cabe añadir además que este tipo de intelectual alternativo ha logrado pasar por espectáculo mediático su desobediencia a los partidos, resumida en el repudio al bipartidismo. Incluso para aquellos que están volcados más intensamente en la problemática de las nuevas tecnologías, la desobediencia puede ir acompañada de alergia a toda problemática ideológica. Esta auténtica “anorexia ideológica” de los alternativos es proclive a escuchar toda novedad “positiva” y a su vez esconde otra ideología: la del evolucionismo garantizado por la experimentación social. Su peculiar concepción de la utopía, rechazada por el mero reformista en nombre de la ciencia o del realismo, se ve legitimada en el alternativo por esta misma ciencia y su concepción realista, o mejor aún, por cierta visión de la ciencia y del realismo. En el intelectual-político de Podemos, la utopía asume la forma de un proyecto de transformaciones interiores y estructurales, del nuevo partido como instrumento irremplazable de la tecnología revolucionaria, de la toma legalista del poder institucional y de su ejercicio racional del poder. Por eso, aunque se reclamen herederos del 15-M lo único que demuestran al respecto es que la velocidad de institucionalización del movimiento social por parte de lo instituido es la variable de máxima importancia en la era de los medios de comunicación de masas. La conversión a lo numérico, la segunda: el voto que se reclama no es una expresión autónoma. Subrayado en su vertiente cuantitativa, deviene cada vez más una alienación numérica de lo político que en realidad nos habla del fin de la política y de su sustitución por la materia básica de articulación humana en este universo de lo posible, esto es, la economía. De ahí el isomorfismo de lo numérico, al igual que se produce con el valor (capital, tiempo) con el aspecto individual de la votación. Y de ahí la paradoja consiguiente: votar más para superar la democracia corrupta, votar hasta la saciedad sin ningún “vínculo adicional, ni legal ni económico” (palabras de otro líder) para restituir la soberanía, como si el gesto electoral compulsivo superara todas las contradicciones y la democracia fuera una función inversa de la explotación.

---

9 “Podemos es producto de mi fracaso en IU”, dejó sentenciado uno de sus líderes. Hay que subrayar la presencia del posesivo.